

ROTTINGDEAN

Por **Beatriz Ramírez de Arellano**

La señora Danvers despidió al ama de llaves antes de lo habitual. Alegó un falso dolor de cabeza y se acostó pronto. Subió las escaleras y entró en su habitación. Era extraño, pero se sentía tranquila y aliviada. Después de tantos años de espera, por fin había llegado la hora. Como cada noche, se sentó frente al espejo y se cepilló la gruesa mata de pelo blanco que cubría su cabeza. Arriba y abajo, lentamente. Mientras lo hacía, asentía y miraba a través del espejo a quien le hablaba. No le preocupaba que nadie escuchara los susurros. Sabía que solo ella podía oírlos. Antes de meterse en la cama se aplicó colorete en las mejillas y untó sus arrugados labios con un ligero brillo de color salmón. Jamás permitiría que la encontraran sin arreglar. Apenas quedaba rastro de la espectacular belleza que fue, pero la elegancia aún permanecía ahí, intacta, a pesar de los años.

Entró en la cama sin prisa, procurando no arrugar el camisón. Era viejo, como ella, pero el mejor que tenía.

Primero se apagó la luz del baño, después la lámpara del tocador, y por último la de la mesilla de noche. Una mano que solo la anciana podía ver dejó a oscuras la habitación. En ese momento la señora Danvers sintió la fría y suave caricia en la frente. Suspiró. El momento había llegado. Se abandonó sobre los almohadones y cerró los ojos. Despacio, muy despacio. Nunca más volvió a abrirlos.

CAPÍTULO 1

El avión llegó con más de cuarenta y cinco minutos de retraso. En cualquier otra ocasión la demora habría sido un fastidio, pero ahora no importaba. Nadie les esperaba en la terminal. Haciendo cola en la empresa de coches de alquiler, Amelia miraba el desfilar de viajeros a uno y otro lado del aeropuerto. Caminaban deprisa, seguros, sabiendo adónde se dirigían. Justo lo contrario que ella. Le pareció curiosa, incluso divertida, la diferencia de ánimo entre los transeúntes del aeropuerto de Gatwick y los de Madrid. Hacía menos de tres horas que había abandonado su ciudad y ya la echaba de menos. Rebosaba bullicio, alegría, vida. Le pareció cierto, aunque fuera un tópico, eso de que Inglaterra era más gris, más triste, más deprimente. También pensó que era posible que el contraste no existiese, que todo fuera resultado de su estado de ánimo. Poco importaba. El caso es que estaba allí atrapada y sin posibilidades de regresar a Madrid.

Marco y Celia se hicieron cargo de la situación. Sabían que su hija Amelia necesitaría un tiempo de adaptación. Verla caminar tras ellos por los largos pasillos del aeropuerto, en silencio, como un zombie, les rompía el corazón, pero así eran las cosas. Tras buscar el equipaje y recoger el coche alquilado, cargaron sus maletas y emprendieron el camino. Fue un acierto que Marco viajara allí una semana antes con los de la mudanza llevando los bultos más pesados.

El viaje apenas duraría una hora. Marco y Celia admiraban el paisaje mostrando un entusiasmo exagerado. Era imposible utilizar tanto adjetivo empalagoso en un trayecto tan corto. Todo era magnífico, impresionante, precioso, encantador, adorable... Amelia sabía que intentaban llamar su atención procurando hacer más atractivo el cambio que la mudanza iba a producir en su vida. Le daba igual. El cambio seguía siendo un asco.

Se dirigían a Rottingdean, una pequeña aldea costera al sur de Inglaterra. Amelia nunca había estado allí, pero su buena amiga “Wikipedia” ya le había avisado que tenía poquísimos habitantes y posiblemente menos cosas que hacer. Rezaba porque al menos hubiera un cine o un centro comercial, aunque fuera pequeño. Era un alivio saber que Brighton se encontraba a menos de diez kilómetros. Haber aprobado el carné de conducir dos semanas atrás le garantizaba algo de libertad. Ojalá sus padres se apiadaran de ella y le regalaran un coche con el que poder salir de aquel pueblucho en que pensaban vivir. Daba igual cómo fuera. Pequeño, viejo, tuneado o un tractor. Qué importaba. Cualquier trasto con motor sería bienvenido.

Desde que era pequeña Amelia había oído hablar de Rottingdean. Su familia materna vivió allí durante más de dos siglos. Poseían una de esas imponentes mansiones victorianas. Su última propietaria fue su tía-bisabuela, Karen. Una mujer muy peculiar.

Karen había nacido en 1913. Todos los que la conocieron decían que fue una mujer fuerte y valiente. Haber pasado dos guerras mundiales curtía a las personas. Sin embargo, a pesar de sus rudos modales y de tener la lengua más afilada del condado, era una buena persona. Jamás se casó y tampoco tuvo hijos. Dedicó su vida al cuidado de sus padres, sus caballos y la mansión de Rottingdean. Amelia la consideraba la mujer más original de la familia. Bastaba con echar un ojo a sus aficiones: la literatura histórica, el tabaco de pipa, montar a caballo, los coches y la lucha activa contra el maltrato animal. ¡Cuántas veces no habría oído Amelia decir a su madre lo avanzada para su época que había sido la tía-bisabuela Karen! Celia la adoraba. Había coincidido con ella durante los veranos de su infancia, cuando la familia viajaba a Rottingdean en vacaciones. Las dos se entendían de maravilla. Para Karen Celia siempre fue la hija que nunca tuvo.

A mediados de los años sesenta, Karen conoció a la señora Danvers. Fue en una fiesta organizada por amigos comunes en Londres. La señora Danvers era una viuda muy popular en los círculos de la alta sociedad londinense. Su belleza no pasaba inadvertida tanto para hombres como para mujeres. Al morir su marido, tan solo le quedó como herencia un viejo pastor alemán, una casa con el tejado sin arreglar y un montón de deudas.

La señora Danvers y Karen pronto se hicieron amigas. A pesar de ser poco dada a las fiestas y celebraciones de una sociedad que consideraba rancia e hipócrita, Karen comenzó a frecuentar los círculos de su amiga. La amistad de ambas y su más que evidente complicidad daba mucho que hablar. Las malas lenguas no tardaron en afirmar que la bella viuda utilizaba a Karen para mantener el alto nivel de vida al que su difunto marido la tenía acostumbrada. Y para asombro de algunos –y regocijo de los más chismosos–, la señora Danvers y Karen se fueron a vivir juntas a Rottingdean. Corrían los locos años sesenta, y lo que en otra época habría sido un escándalo, resultó un acontecimiento chic e interesante.

La señora Danvers se aficionó a montar a caballo y a fumar. Karen, por su parte, intensificó su presencia en los actos sociales del condado. Siempre iban juntas. Con el paso de los años, los vecinos terminaron por aceptarlas. Y ellas vivieron el resto de sus vidas en Rottingdean. Karen murió a finales de los ochenta, veinticinco años atrás. En su herencia dispuso que la mitad de todo su dinero fuera para Celia; la otra mitad era para la señora Danvers. Ella también heredó, además, la mansión de Rottingdean en usufructo.

Hacía un par de meses que la señora Danvers había muerto. El ama de llaves la encontró una mañana al ir a despertarla. Murió mientras dormía.

Lamentablemente la señora Danvers nunca supo gestionar bien su dinero. Agotó su herencia en pocos años, y para mantener la casa, tuvo que vender los caballos y la mayoría de los muebles de valor. Solo quedaron habitables su dormitorio, un pequeño salón de té, la biblioteca y la cocina. Hacía tiempo que el ama de llaves no percibía su sueldo, pero era mayor y no tenía otro sitio adonde ir. Además, la señora Danvers siempre la trató bien. Ambas se necesitaban.

Amelia levantó la cabeza del iphone cuando el coche se detuvo.

–¡Hemos llegado! –exclamó entusiasmada Celia mientras salía del coche y admiraba la mansión –. Habría jurado que era mucho más grande.

Su nuevo hogar era un edificio de piedra gris y tejados negros. Amelia, que ese año comenzaría a estudiar Arte en la universidad de Brighton, trató de identificar su estilo. Victoriana, sin duda. Con ciertos detalles góticos y una compleja mezcla de estilos que desconocía y tampoco tenía ganas de adivinar. Repartidas por la fachada había una docena de enormes ventanales alargados. Cuatro miradores, dos a cada lado, remataban el frontal. El tejado, puntiagudo, tenía ocho chimeneas muy altas, todas de piedra. La mansión era una pasada. Parecía sacada de una película. No, mejor, era como el colegio del niño mago de los libros que Amelia había leído años atrás. Rodeada por unos jardines extraordinarios, con altísimos árboles e infinidad de flores. Todo muy bonito pero descuidado. Estaba claro que nadie los atendía desde hacía tiempo. En un lateral de la casa, algo alejado, se intuía la silueta de un invernadero. Al igual que el resto de la finca, había conocido tiempos mejores. La mayoría de los cristales estaban rotos y tan sucios que para adivinar lo que había dentro era necesario armarse de valor y entrar a averiguarlo.

Amelia miró a su alrededor y sintió una punzada en el pecho. Sí, esta sería su jaula, el lugar donde tendría que pasar los próximos años y donde comenzaría una nueva vida. Ojalá sus hermanos estuvieran con ella. Ojalá no la hubieran dejado sola. Cuánto los

echaba de menos. Si hubieran continuado juntos quizá esa absurda mudanza nunca habría sucedido.

CAPÍTULO 2

Mientras admiraban la mansión, el ama de llaves salió a recibirlos. No hacía ni diez segundos que habían llegado y la mujer ya los esperaba en el porche. ¡Menuda rapidez! Amelia se preguntó si no llevaría todo el día detrás de la puerta.

— Señorita Celia, ¡cuánto me alegro de volver a verla!— dijo la mujer acercándose con los brazos abiertos.

Amelia sabía que la señora Pots llevaba muchos años sirviendo en la casa. Su madre la conoció cuando era una niña. No quería pensar cuántos años tendría. ¡Dios mío! No podía ser legal que una anciana tan anciana siguiese trabajando. Celia le había contado que la señora Pots era una de las doncellas más jóvenes de la casa cuando la vio por primera vez. Además de trabajadora, era muy discreta y comprensiva. Por eso la tía Karen la apreciaba tanto. Y por eso, antes de morir, la nombró ama de llaves. Sabía que la señora Danvers no podría hacerse con la casa sin su ayuda. Fue sin duda una de las decisiones más acertadas que jamás había tomado. En los últimos años, el trato señora-criada había desaparecido por completo. La señora Danvers y *Pottie* (como le gustaba que la llamaran) se convirtieron en dos compañeras y amigas. Juntas se encargaban de la casa y se cuidaban mutuamente.

La muerte de la señora Danvers dejó a *Pottie* destrozada. Además de perder a una amiga, temía también quedarse sin trabajo. En realidad no conocía otro lugar que no fuera Rottingdean. Celia la recordaba con cariño y, después de hablarlo con Marco, decidieron que continuara viviendo con ellos. No como criada ni ama de llaves, no, sino como una vieja amiga de la familia.

— ¡*Pottie!*— exclamó Celia.

Las dos mujeres se fundieron en un abrazo. Tras las oportunas presentaciones, la anciana tomó del brazo a Amelia y la condujo al interior de la casa. La mujer olía a perfume de violetas y... ¡a tabaco!

— He preparado té y unas riquísimas pastas de mantequilla que hice esta misma mañana. Debéis estar hambrientos. Vamos, vamos, odio el té frío.

Nada más entrar en la casa, a Amelia se le cayó el alma a los pies. Todo olía a polvo y humedad. Estaba claro que *Pottie* no podía mantener limpio un sitio tan grande, pero en fin, ya podría haber llamado a alguien para que le echara una manita. El hall de entrada estaba tan oscuro que apenas se intuían las imponentes escaleras. El suelo, de anchos tablones de madera, hacía tiempo que había perdido su brillo. Todo picado y agrietado, daba pena verlo. Menudo comienzo. Afortunadamente, antes de que Amelia saliera corriendo de allí, entraron en el salón de té. ¡Y eso era otra cosa! Para su sorpresa, estaba muy limpio. La iluminación, en gran parte natural, provenía de dos gigantescas ventanas y un bellissimo mirador. Había también un enorme ramo de rosas en un recargado y colorido jarrón colocado justo al lado de una de las ventanas. Su olor impregnaba la enorme habitación. Una habitación cuyo mobiliario consistía en un sofá, dos sillones, una mesa, tres sillas, una cómoda y un piano. Decenas de fotografías se apretujaban sobre el piano y la cómoda. La mitad de ellas eran escenas familiares: de la tía Karen, de la abuela, de alegres reuniones y de un montón de gente a los que Amelia no reconocía. La señora Danvers acaparaba la

otra mitad. Con Kate muchas de ellas; el resto, posando en el jardín, montando a caballo, en la piscina, en el salón de té... No había duda de su imponente belleza.

— Bueno, *Pottie* —dijo Celia una vez servido el té y unas pastas más duras que un posavasos de madera—, espero que tengas preparadas las maletas. Nos vamos esta noche.

— No Celia, cariño, yo no me voy de aquí —dijo la mujer en un tono de disculpa—. Hace tanto tiempo que vivo en esta casa que no podría estar en otro sitio.

— Oh, vamos, *Pottie*, nadie habla de ir a vivir a otro sitio. Sabes que será temporal, hasta que arreglen un poco todo esto. Hemos reservado tres habitaciones en una de las casas de huéspedes del pueblo. Te gustará. Nos quedaremos todos allí hasta que las obras terminen. Esta casa no es habitable.

Pottie asintió de mala gana. Sabía que Celia tenía razón. Si no hacían algo pronto, la casa se vendría abajo de un momento a otro. Además, ¡cómo contradecir a la nueva dueña! Pero dejar la casa sola...

— ¿De acuerdo entonces? —insistió Celia.

— De acuerdo, ¡qué remedio! Recogeré mis cosas. Será solo un momento. Hay más pastas si os apetece.

Antes de salir, *Pottie* se paró en seco.

— ¿Sabéis? Creo que esta es la primera noche en más de un siglo que esta casa se queda vacía. Siempre ha habido alguien bajo su techo.

— No hay de qué preocuparse, *Pottie* —contestó Marco tratando de animar a la anciana—. Estoy seguro de que no le importará.

Justo en ese momento, una ráfaga de aire abrió la ventana de par en par. El estruendo arrastró por el suelo el horrible jarrón y las rosas que contenía. *Pottie* se quedó paralizada. Durante unos segundos interminables mantuvo su mirada fija en el suelo, ausente, observando el desbarajuste de trozos de cerámica, agua y pétalos.

— ¿Ves *Pottie*? —se apresuró a decir Celia mientras Amelia y su padre recogían el estropicio—. Hasta las ventanas necesitan un arreglo.

Amelia no pudo evitar sentirse intrigada por la cara de *Pottie* tras el incidente. Estaba pálida, y hasta creyó percibir un ligero temblor en sus labios. Cualquiera diría que lo que se había roto era un jarrón de la dinastía Ming.

En el fondo agradecía que Celia y Marco tuvieran tanta prisa por salir de aquella casa. Si hubieran decidido pasar la noche allí, no habría tenido más remedio que retroceder a su más tierna infancia y acostarse en la misma cama que ellos. Un lugar así le provocaba escalofríos.

No tardaron ni cinco minutos en llegar a la casa de huéspedes. Esa era otra de las cosas a la que tendría que acostumbrarse: a las distancias. En Madrid, ir a cualquier sitio le llevaba una tarde.

La casa era como había imaginado. Blanca, con tejado rojo, grandes ventanales blancos y un mirador justo en el centro de la fachada. Seis chimeneas de ladrillo rojo

remataban la construcción. Una valla de madera blanca rodeaba la parcela. La mitad del jardín estaba ocupado por un huerto donde la dueña de la casa cultivaba allí todo tipo de verduras y hortalizas. El resto era césped y rosales.

Una mujer regordeta y pelirroja que olía a guiso les abrió la puerta. Los recibió como a esos viejos amigos a los que se ha invitado a pasar una temporada. Mientras subían las escaleras hacia las habitaciones, les contó su vida. Era viuda. Desde hacía años vivía con su hija Lilian y una curiosa pareja de ancianos. Al parecer, el matrimonio llevaba más de tres años allí. Preferían el trato familiar antes que una triste residencia. Lilian, su hija, estaba en Brighton con unas amigas; el resto de huéspedes (debía referirse al matrimonio octogenario, claro), daban su paseo diario por la playa.

Aunque la hora de la cena ya había pasado, la mujer les tenía preparada en la cocina una bandeja de sándwiches, ensalada y algo de fruta. Tanto mejor. Al menos la primera noche cenarían sin compañía.

Durante la cena no hubo otro tema de conversación que las obras de mejora de la casa. El entusiasmo de Celia y la admirable capacidad organizativa de Marco animaron a Amelia que, por un rato, se olvidó de Madrid. Incluso aportó ideas y sugerencias que ilusionaron a sus padres. El ambiente era tan agradable que hasta *Pottie* pareció convencerse de que aquellos planes no eran tan descabellados como creía.

— Mañana he quedado con el gerente de la empresa que se va a encargar de las reparaciones —dijo Marco—. Intentaré que el proceso no se alargue demasiado. El capataz conoce bien la casa. Me ha dicho que necesitará tres meses para dejarla como nueva.

— Pero papá —protestó Amelia—, eso será en septiembre. ¿Vamos a pasar todo el verano aquí?

— Pues mucho me temo que sí. Trataremos de reducirlo algo, pero yo que tú no me haría demasiadas ilusiones. Puedes estar segura de que a tu madre y a mí también nos gustaría que estuviese todo listo antes del comienzo de tus clases.

Amelia sabía que su padre haría lo imposible por terminar cuanto antes. Ya no solo por su hija, sino por una pura cuestión económica. La herencia de la tía Karen había caído en casa de Amelia como una bendición, justo en el momento indicado. Celia había sentido mucho muerte repentina de la señora Danvers, pero al fin y al cabo era ley de vida. Por eso Amelia sospechaba que su madre también se había alegrado un poquito al recibir la noticia.

El último año estaba muy alejado de ser el peor de sus vidas. Aún así, la mala suerte no les había dado tregua. Primero despidieron a su madre. Celia había dirigido el departamento de Marketing de una multinacional americana de productos de belleza de lujo durante más de quince años. Con la crisis, las mujeres preferían las cremas y maquillajes más baratos y las ventas cayeron en picado. Llegó una reestructuración de la plantilla, y de la noche a la mañana, Celia se encontró de patitas en la calle. La sustituyeron por alguien más joven que cobraba tres veces menos.

Dos meses después le tocó el turno a su padre. Marco era médico aunque nunca ejerció como tal. Después de terminar la Universidad montó un negocio de importación de muebles orientales junto a un compañero de facultad. Aquello comenzó como una aventura empresarial, como un experimento divertido y emocionante, y pronto se

consolidó como un próspero negocio. Crecieron rápidamente. Tanto que pudieron abrir tres tiendas más en Madrid. Tenían previsto expandirse a Barcelona y Milán, la ciudad donde Marco nació. Pero por desgracia llegó la crisis, la gente dejó de comprar, y los que lo habían hecho no pagaban. Las deudas les asfixiaron. Y después de más de veinte años, no tuvieron otra alternativa que echar el cierre.

Marco y Celia tenían algo de dinero ahorrado, pero el ritmo de vida al que estaban acostumbrados no les permitía relajarse. Habían comprado un precioso chalé de tres plantas, jardín y piscina en el norte de la capital, y aunque ya habían pagado la mayor parte, los gastos de la hipoteca eran tan elevados que apenas podían hacerles frente. Sin un trabajo interesante y bien remunerado en perspectiva, la cosa se fue poniendo fea. Estaban realmente asustados.

Así que el día que llegó el comunicado de la herencia creyeron que por fin su suerte había cambiado. De inmediato vendieron el chalé y los coches, y se prepararon para cambiar de vida. Con el dinero que tenían ahorrado, más el de la venta de la casa y los coches, arreglarían la antigua mansión y montarían un bonito hotel. Rottingdean era un lugar turístico, cercano a Brighton, en zona de playa. Y la mansión, la típica construcción de ensueño por la que cualquier turista pagaría por pasar la noche. Un plan perfecto.

Cuando se lo comunicaron a Amelia casi entró en shock. Habían viajado muchas veces a Inglaterra. Al fin y al cabo su familia materna era de allí. En casa hablaban en inglés. Era un país en el que se sentía a gusto cuando iba de vacaciones. Pero de eso a marcharse a vivir a Rottingdean de forma permanente había un buen trecho. La primera semana la pasó enfadada y de mal humor. Luego, al ir madurando la idea, llegó a la conclusión de que no podía hacer perder a sus padres una oportunidad como aquella. Acababa de cumplir dieciocho años y lo lógico sería que no tardase demasiado en volar del nido. Era cuestión de tiempo. El tema de la universidad también influyó. Siempre había pensado que estudiaría en Madrid, en la Complutense, como sus hermanos. Sin embargo, ahora iría a Brighton. ¡Brighton! La idea tampoco sonaba mal.

En unas semanas se sacó el carné de conducir, y, llegado el día, empaquetó sus cosas y lloró mucho al despedirse de sus amigas.

— Amelia —oyó decir a su madre sacándola del ensimismamiento en el que se encontraba—, ¿no me has oído? ¿Te apetece?

— Perdona, mamá, estaba pensando en otra cosa. ¿Qué decías?

— Te preguntaba que si te apetece venir mañana con *Pottie* y conmigo a la mansión. Vamos a recoger lo que sea de valor antes de que lleguen los operarios. Si lo prefieres puedes irte a pasar el día a la playa.

— No, no, está bien, iré con vosotras. Tengo todo el verano para ir a la playa.

Después de cenar cada uno se fue a su habitación. Había sido un día demasiado largo. Amelia se tumbó en la cama dispuesta a poner al día a sus amigas a través del *whatsapp* pero se dio de bruces con la realidad. ¿Cómo era posible que una casa de huéspedes de un pueblo turístico no tuviera *wi-fi*? Estaba claro que los huéspedes octogenarios no lo necesitaban, pero ¿cómo demonios mantenían el contacto con la civilización la dueña y su hija? Enfadada, se metió en la cama. Ya pensaría en algo al día siguiente.

CAPÍTULO 3

Jamás había visto tanto polvo acumulado. Qué mala idea había sido estrenar las deportivas nuevas. Tendría que haberse puesto cualquier cosa que después pudiera tirar a la basura.

Mientras *Pottie* y Celia empaquetaban los libros y las viejas fotografías de la biblioteca, Amelia se dedicó a husmear por la casa. Resultaba emocionante descubrir pequeños retazos de la vida de sus antepasados. Pocos eran los objetos de valor que quedaban. Sin embargo, al observar los tapizados deslucidos, las cortinas, las alfombras raídas o algunas de las escasas tazas y utensilios de cocina, era fácil adivinar el esplendor que debió tener la propiedad. Primero recorrió la planta baja. La decrepitud, el crujir de las viejas maderas, la oscuridad de los pasillos, el polvo y la decadencia provocaban en la joven desasosiego y angustia. Prefirió dejar el piso superior para más tarde. Cuando pudieran acompañarla. Algunas de las habitaciones, las menos, tenían algún mueble cubierto por sábanas. El resto estaban vacías, dejando en evidencia el mal estado en que todo se encontraba: paredes sucias de humedad y con el papel ajado y despegado, suelos levantados, ventanas abiertas o sujetas con cinta-aislante, cables de la luz pelados y potencialmente peligrosos... Una auténtica ruina. ¿En qué estaría pensando la señora Danvers? Amelia no entendía cómo habían podido dejar que un lugar tan bello alcanzara tal estado de abandono.

Por último llegó a la cocina. Era la más grande que había visto en su vida. Ni siquiera la de su antiguo colegio tenía tantos metros cuadrados. Qué pena. Estaba destrozada. El suelo no era de madera, sino de pequeños baldosines pintados a mano en diferentes tonos de azul. Las paredes, que debieron ser blancas, presentaban cientos de desconchones y manchas de grasa. El techo era lo más espectacular y aún parecía estar en buen estado. De madera tallada, en cada esquina lucía un bodegón de frutas en relieve. Ojalá pudieran conservarlo. Del techo colgaban ganchos de hierro forjado. Amelia supuso que los utilizarían para colgar ollas y otros utensilios. Útil, aunque tétrico. Le pareció curioso que en pleno siglo XXI continuasen los arcaicos fogones de leña. Hacía tiempo que nadie los utilizaba porque sobre ellos habían colocado un hornillo de gas. Intuyó que era allí donde *Pottie* y la señora Danvers cocinaban. También vio un diminuto horno eléctrico bastante costoso sobre una mesa plegable. De esas que se utilizan para hacer acampadas. Con razón las pastas estaban tan malas. El frigorífico, que hacía el mismo ruido que un avión al despegar, debía ser más viejo que la propia *Pottie*. Amelia no tuvo fuerzas para abrirlo. A saber qué podría salir de allí dentro.

Cuando ya se disponía a salir de la cocina, oyó un fuerte golpe proveniente de la planta superior. Amelia se sobresaltó y volvió corriendo a la biblioteca.

— ¿Habéis oído eso? —preguntó alarmada.

— No te preocupes. Varias ventanas de la segunda planta tienen roto el cierre y cuando hay viento golpean las paredes —dijo *Pottie* sin mucho interés—. Antes de irnos subiré para sujetarlas.

— No parecía una ventana —insistió Amelia—. Era como si algo muy pesado hubiera caído al suelo. Además, mirad por la ventana, apenas hay viento.

—Amelia— dijo Celia —, esta casa es muy vieja. Hasta que no la arreglen tendrás que acostumbrarte a estas cosas. En un rato subiremos a ver qué ha pasado. Anda, échanos una mano, por favor. Vacía los cajones de aquel escritorio. Tira lo que no

valga en esas bolsas y el resto lo guardas en cualquier caja de cartón. Ya tendremos tiempo de ordenarlo todo.

Celia sabía que aquella casa podía alterar los nervios de cualquiera. Y más los de su hija. De pequeña había sido una niña asustadiza y bastante fantasiosa. Siempre pensó que se debía a que sus hermanos la habían protegido en exceso. Ahora era ya una mujer, pero aunque en el resto de aspectos había madurado, seguía siendo temerosa. De todos modos, debía reconocer que hasta que se reformara el interior, la casa resultaba inquietante.

Amelia no quedó muy convencida con las explicaciones de *Pottie*. Aquello había sido un golpe, seguro. Algo grande, muy grande y duro, había golpeado el suelo. Además, estaba segura de saber dónde había sido: justo encima de donde se encontraba. En la cocina.

El escritorio era una auténtica joya. Su madera, muy oscura, debía ser caoba. Las patas, robustas, estaban talladas. Contenía ocho cajones. A pesar de la antigüedad el tablero seguía suave y brillante. Como nuevo. Lo único que parecía haber sido cuidado en aquella casa. Amelia calculó que tal belleza debía tener más de doscientos años.

— Mamá, ¿de verdad quieres vender todos los muebles? —preguntó Amelia

— No, lo cierto es que no quiero, pero nos hace falta el dinero. A mí también me gusta ese escritorio. Es maravilloso, ¿verdad?

— Era de tu tía Karen —dijo *Pottie*— Siempre la recordaré ahí sentada. Siempre fumando y escribiendo en sus cuadernos, siempre con una taza de té o una copita de Oporto.

— Deberíamos quedárnoslo, mamá. Sería un bonito recuerdo.

Eso mismo llevaba un rato dando vueltas en la cabeza de Celia. Pensaba que sería una pena desprenderse de él. Habían decidido remodelar la casa manteniendo su antigua estructura y decorándola en un estilo moderno. Lo había visto en algunos hoteles de Alemania y Rusia: antiguos por fuera, rompedores por dentro. No es que le entusiasmara la idea, pero era lo único que podían permitirse. Llenar una mansión de ese tamaño con antigüedades era algo lejos de sus posibilidades. Si al menos la tía Karen le hubiera dejado sus muebles... Pero se los cedió a la señora Danvers y esta no dudó en malvenderlos. Al menos los libros eran suyos. De ellos sí que no pensaba desprenderse nunca. Las palabras de su hija le hicieron decidirse.

— Tienes razón, cariño. Me arrepentiría toda la vida si nos desprendiéramos de él. ¡Nos lo quedamos!, ¿te parece?

Amelia, satisfecha, comenzó a vaciar los cajones. A medida que los iba abriendo aparecían todo tipo de curiosidades: papeles amarillentos, envolturas de chocolate, cajas de tabaco rancio, viejos recortes de periódicos con noticias locales sin importancia, alguna fotografía de caballos, bolígrafos con la tinta seca... Porquerías. Sin embargo, en el último cajón encontró un curioso paquete. Era bastante pesado y estaba envuelto en papel de estraza. Al abrirlo encontró diez bellísimos cuadernos. Eran de un cuero muy suave, como terciopelo, con las hojas gruesas y de color crema. En la parte inferior, en letras doradas y bajo lo que parecía el dibujo de la mansión, se podía leer: *Rottingdean Hill House*.

— *Pottie*, ¿qué son estos cuadernos?

— Ah, los cuadernos de Katie. Tu tía-bisabuela no utilizaba otros para escribir. Los encargaba en una imprenta de Londres que los encuadernaba expresamente para ella. Son muy bonitos, ¿verdad?. Pensé que ya no quedaba ninguno.

— ¿Y dónde están los demás? ¿Los que utilizó?

— Ni idea, corazón. La señora Danvers me pidió muchas veces que los buscara. Al parecer tenía curiosidad por saber qué escribía Karen en ellos. Ella decía que era su secreto. Nadie sabía dónde los guardaba, ni tan siquiera la señora Danvers. ¡Y mira que tenía ganas de leerlos! Después de la muerte de tu tía los busqué durante meses, pero nunca los encontré.

— ¿Es esta nuestra casa? —preguntó Amelia— ¿Rottingdean Hill House?

— Sí, mírala —dijo la anciana señalando el dibujo dorado de la mansión—. Así es como se llama. Nosotros no solemos utilizar un nombre tan largo, pero así es como la conocen en el pueblo.

— ¡Me encanta, mamá! ¿Recuerdas que ayer discutimos sobre qué nombre poner al hotel? ¿Qué tal Rottingdean Hill House Hotel?

Celia se quedó un rato pensativa y luego sonrió.

— Gran idea, hija. Al fin y al cabo así es como se llama.

En ese momento un fuerte golpe volvió a sonar en el piso superior, esta vez sobre la biblioteca. Las tres mujeres se miraron sobresaltadas.

— Subiré a cerrar de una vez esa dichosa ventana —dijo *Pottie* levantándose como un resorte.

— No te preocupes, *Pottie*. Aquí ya queda poco. Dame un segundo y subimos las tres —dijo Celia.

— No, no —insistió la anciana con cara de fastidio—. Es mejor que suba sola. Que suba ahora, quiero decir. Antes de que se rompa otro cristal.

Celia continuó con lo que estaba haciendo. Canturreaba mientras empaquetaba los últimos libros de las estanterías. Amelia, sin embargo, se mantuvo expectante. Estaba segura que no se trataba de una ventana rota. Algo le decía que *Pottie* sabía de qué se trataba. Confiaba en que al menos no fuesen ratas.

CAPÍTULO 4

Cuando regresaron a la casa de huéspedes ya era la hora de la cena. Por la tarde, Marco se había sumado a la expedición. Su buen humor y la energía que transmitía amenizó el resto de la jornada. Habían recorrido una a una todas las habitaciones de la mansión, recogiendo esas pequeñas cosas que sabían que no venderían. Después, *Pottie* les acompañó a dar un paseo por la finca. Ocupaba muchas hectáreas, quizá demasiadas como para mantenerlas todas en buenas condiciones. Algunos rincones eran muy hermosos, y el entusiasmo invadió la conversación. Aquí y allá fueron diseñando distintos retiros, espacios ideales para los huéspedes pero también para ellos. Cuando quisieron darse cuenta ya habían repartido todo la extensión que querían compartir y la que sería de uso exclusivo de la familia. Descubrieron un pequeñísimo bosque de olmos detrás del invernadero, en cuyo centro había un viejo cenador de forja abandonado que, al igual que el resto de la casa, necesitaba un buen arreglo. Tras el bosque se levantaba a una colina. Y después de ella, el límite de la propiedad. Desde la parte superior se dibujaban entre la bruma las llanuras del sur, el pueblo y el mar. Las vistas eran magníficas. Después de todo puede que vivir allí no fuese una idea tan mala.

Tras la cena, Amelia salió a pasear. Habían llegado nuevos huéspedes y no le apetecía compartir con ellos la sala de televisión. Además, sin internet la velada podía ser un auténtico muermo.

— Buenas noches —oyó a su lado.

Junto al huerto había una sombra.

— Imagino que tú eres Amelia —insistió la voz.

Amelia se acercó entre curiosa y precavida. Una pequeña luz roja iluminó la espesura. Quien estuviera allí había salido a fumar.

— Sí, soy Amelia. ¿Quién eres?

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, pudo ver el rostro de una joven que tenía más o menos su misma edad. Era rubia, bastante guapa y lucía un corte de pelo radical. Casi como el de un militar. Vestía unos pantalones negros muy ceñidos, una camiseta de tirantes del mismo color y unas chanclas amarillas. Debía ser la hija de la dueña de la casa de huéspedes. ¿Cómo había dicho la mujer que se llamaba?

— Soy Lilian. Imagino que mi madre ya te habrá hablado de mí.

— Poca cosa —dijo Amelia— ¿Tú fumas?

— No.

Amelia la miró desconcertada mientras la joven daba otra calada al cigarrillo mientras la observaba con descaro. La situación resultaba un tanto incómoda.

— Me he dado cuenta de que no tenéis internet en casa —dijo Amelia tratando de retomar la conversación.

— ¿Quién dice que no tengo internet? ¿Acaso crees que vivimos como los hombres de las cavernas?

- Bueno —contestó Amelia tímidamente al ver que Lilian parecía ofendida—, ayer no encontré ninguna red disponible.
- Claro, si no la pediste... Cuando no estoy en casa, nadie se conecta. Soy la única que lo utiliza. A mi madre no le interesa demasiado, y los tortolitos de la segunda planta ni saben lo que es un módem. ¿Has probado hoy?
- No, lo cierto es que no.
- Hazlo. La contraseña es el apellido de mi madre.
- Gracias —contestó Amelia mientras se alejaba. Lilian le resultaba bastante brusca y no quería estar en un sitio en el que claramente molestaba.
- Oye ¿te apetece dar una vuelta? Te puedo enseñar esto por la noche.
- No lo sé —dijo sorprendida—. No quería interrumpir lo que estuvieses haciendo.
- ¡Bah! Probaba este cigarrillo. Es asqueroso. Anda, vámonos, te enseñaré un par de sitios bastante guapos.

Lilian se mostraba ruda a veces y agradable a ratos. Esa bipolaridad resultaba desconcertante para Amelia. Aún así la acompañó. No le venía mal que alguien de su edad le enseñara el pueblo.

Recorrieron algunas de las principales calles de Rottingdean. El verano había comenzado y el turismo se hacía notar. Había tabernas y restaurantes abiertos, heladerías, cafés al aire libre y puestos callejeros. No era el ambiente de un pueblo de costa español, pero no estaba mal. Parecía un lugar agradable. Le sorprendieron las terrazas del paseo marítimo. Por lo visto, en las noches de primavera y verano se organizaban todo tipo de eventos. Esa noche actuaba un grupo de música pop del que jamás había oído hablar pero que sonaba realmente bien. Se sentaron en el suelo, de espaldas al mar, y escucharon el concierto hasta el final.

Lilian resultó una guía estupenda. Aunque al inicio le había parecido grosera, tras esa capa de pasividad y suficiencia en la que se envolvía había una chica divertida e ingeniosa. También algo entrometida. De vuelta a casa, sin apenas conocerla, no tuvo reparos en someter a Amelia a un tercer grado.

- ¿Vas a la universidad?
- Sí, este es mi primer año.
- ¿A Brighton?
- Sí
- ¿Qué vas a estudiar?
- Arte
- ¿Tienes hermanos?

Silencio

- ¿Que si tienes hermanos? —insistió Lilian.
- Sí, dos. Pero preferiría no hablar de ello.
- Como quieras —dijo la joven encogiéndose de hombros.
- Después de arreglar la mansión, ¿viviréis allí?
- Pues claro —Amelia comenzó a sentirse molesta por el interrogatorio.
- ¿Y Pottie? ¿Os la llevaréis con vosotros?
- Por supuesto. Lleva con mi familia toda la vida.
- Es una buena mujer —dijo Lilian—. No veas lo que ha tenido que aguantar.

Este último comentario interesó a Amelia.

— ¿A qué te refieres?

— A la señora Danvers, por supuesto. Sé que no está bien hablar mal de los muertos, pero era una mujer insoportable.

— ¿La conocías?

— Solo la vi un par de veces y te aseguro que fue más que suficiente. Era altiva y antipática. No tenía amistades en el pueblo. Si no fuera por *Pottie*, probablemente habrían tardado meses en encontrar su cadáver.

— Mi madre me dijo que solía asistir a todas las fiestas sociales que podía con mi tía-bisabuela Karen.

— Eso sería antes. En los últimos años vivía recluida en la casa. No salía y solo sabíamos de ella por *Pottie*. No tienes más que ver en qué estado ha dejado la casa.

— ¿Has estado allí?

— En alguna ocasión. Cuando éramos más pequeños inventábamos historias de la mansión y nos acercábamos las noches de verano.

— No me irás a decir ahora que se trata de una casa encantada.

— Pues no. Eran juegos de niños. La señora Danvers nos echaba de la propiedad con amenazas e insultos. Ella era la que nos daba miedo. Cosas de críos.

— ¿Y mi tía Karen?

— Ni idea. No la conocí. Pero este es un pueblo pequeño y se cuentan historias. He oído lo que todo el mundo sabe.

— ¿Y...?

— Pues poca cosa. Que era una mujer de armas tomar. Pero caía bastante bien. Mi madre todavía habla de ella a menudo. Antes de casarse con mi padre trabajó para ella como cocinera. Decía que era la persona más justa que jamás había conocido.

— ¿Y *Pottie*?

— ¿Qué pasa con *Pottie*?

— ¿Cómo es?

— Ya te lo he dicho: buena gente. Es bastante mayor, así que no hay nadie a quien no conozca. Aquí en el pueblo todo el mundo le aprecia. Baja caminando desde ese caserón todos los lunes para encargar la compra y los domingos para ir a misa.

— ¿Y qué más?

— Pfff... Yo qué sé. Por lo que cuentan no es una vieja de esas chismosas. Al parecer nunca ha soltado prenda. Y mira que todo el mundo habría estado encantado de oírla hablar de la señora Danvers. Pero nada, no les ha dado ese gusto.

Amelia se dio cuenta que había cogido las riendas del interrogatorio.

— ¿Y tú? ¿Estudias? —prosiguió con el tercer grado al que ahora sometía a Lilian.

— También comienzo este año la universidad.

— ¿Brighton?

— Sí.

— ¿Y qué piensas hacer?

— Diseño y Comunicación.

— ¿Te gusta?

— No está mal. Supongo que sí, es lo único que me apetece.

— ¿Tienes carné de conducir? —insistió Amelia. Puede que así tuviera manera de ir a la facultad.

— No. Me faltan un par de meses para poder sacármelo, aunque dudo que mi madre me deje. Bastante se va a gastar con la universidad.

— ¿Y cómo vas a ir a clase?

— ¡Anda! Pues como todo el mundo. En autobús. Ya te he dicho que no vivimos en las cavernas. Aquí también hay transporte público.

Mientras se ponían al día una a la otra llegaron a la casa. Amelia estaba contenta. Si le cogía el punto, Lilian podía ser una compañía muy agradable, ¡y había internet! Una amiga e internet, ¿qué más podía pedir en un solo día?

Antes de meterse en la cama vio sobre el escritorio los cuadernos de piel de la tía Karen. Los guardó en uno de los cajones del armario. Eran perfectos para empezar su vida universitaria. Decidió que los usaría y trataría de descubrir el modo de conseguir más. Ojalá *Pottie* recordara dónde los compraba la tía Karen. En cualquier caso, los dejó guardados. Aún faltaban un par de meses hasta que pudiera utilizarlos.

CAPÍTULO 5

Una semana después de la llegada a Rottingdean, la vida de los Frattini transcurría enfrascada en una agotadora y emocionante rutina. Marco pasaba el día en la mansión, supervisando las obras. Habían demolido casi todo el interior, dejando tan solo el esqueleto de la casa. Querían conservar al máximo la estructura inicial. Por desgracia, aparte de la fachada, poco más podrían mantener. Trabajaban diez operarios de sol a sol, el capataz y Marco, que no dudaba en ponerse el mono y desempeñar cualquier trabajo que pudiera ahorrarle algo de tiempo y de dinero.

Celia ocupaba la mayor parte del tiempo en la casa de huéspedes contactando y buscando los proveedores mejores y más baratos. Necesitaba comprar de todo. Muebles, mantelerías, cuberterías, colchones, sábanas... Amelia solía ayudarle. Entre las dos la búsqueda resultaba más rápida y amena. Necesitaron ir a Londres un par de veces, y no descartaban tener que ir otras tantas. Se lo estaba pasando en grande buscando, eligiendo, rechazando, ...

Pero lo más enriquecedor era el tiempo que Celia pasaba con su hija. Los últimos años habían sido realmente duros. Se había distanciado de Marco y Amelia casi sin darse cuenta. Durante un tiempo necesitó poner distancia, curar sus heridas en soledad. Su actitud a punto estuvo de romper el matrimonio. Amelia trató de ser imparcial, pero no pudo evitar sentirse más cercana a su padre. El paro y la falta de ingresos solo fueron la gota que colmó en vaso. Lo que realmente destruyó a la familia, lo que rompió una unión que hasta entonces había sido más fuerte que el acero, fue la pérdida de los dos hijos mayores. Celia siempre fue una madre protectora. Su instinto le hacía creer que era responsable de todos y cada uno de los miembros de la familia. Por eso, al morir sus hijos se sintió culpable. Fue como haberles fallado. A ellos, a Amelia y a su marido. Ella tenía que haberlos protegido. No supo hacerlo. Se juzgó, se halló culpable y se impuso el castigo; no merecía el cariño del resto de su familia. Necesitaba que la odiaran, que la dejaran sola. Hizo todo lo posible porque así fuera, pero la paciencia de Marco y el cariño de Amelia fueron más fuertes. Sin embargo, ellos también necesitaban lidiar con su sufrimiento. Las broncas, los reproches, los llantos, los gritos y la amargura eran constantes. La vida de los Frattini en Madrid pasó de ser modélica a un auténtico infierno.

La herencia fue el punto de inflexión. Llegó como una bendición. No solo porque venía a solventar el problema económico que atravesaban, sino porque alejó a Celia de sus fantasmas. Cualquier lugar de Madrid le recordaba a sus hijos. Nuevas experiencias, nuevos paisajes, nuevos recuerdos por fabricar, le ayudarían a dejar atrás la pena y aprender otra vez a vivir.

Amelia estaba pletórica. Seguía echando de menos a sus amigos, pero Lilian resultó una persona fascinante. La chica también se metió en el bolsillo a Celia y a Marco, que la veían como una magnífica embajadora. Ambas salían juntas todos los días después de ayudar a Celia con la puesta en marcha del hotel. Lilian enseñó a Amelia los lugares más variopintos y los mejores sitios para salir de marcha. Fueron a Brighton en autobús y volvieron cargadas de libros y ropa. Le contó todos y cada uno de los chismes de los vecinos. Le mostró las mejores playas para bañarse o pasar un día al aire libre. No pararon un minuto. En solo una semana, Amelia parecía conocer el lugar como si siempre hubiese vivido allí.

Una tarde, después de volver de la playa, Amelia y Lilian descansaban en el jardín trasero. Tumbadas en las hamacas, la primera leía y Lilian trasteaba en su ipod.

— ¿Qué tal si vamos a ver cómo van las obras de tu casa? —dijo Lilian—. Esto es un aburrimento.

— Claro, ver cómo trabajan los albañiles es apasionante —contestó sarcástica Amelia.

— No, pero al menos haríamos algo diferente. Podríamos entrar e inspeccionar la mansión. Siempre he tenido curiosidad por ver cómo es por dentro.

— Está bien. Pero te la enseño y volvemos. Si mi padre nos ve por allí seguro que encuentra algún trabajito para nosotras. Eso si no nos da un par de guantes y un casco y nos pone a limpiar escombros.

Las dos amigas se marcharon en sus bicicletas. Era la manera más cómoda de moverse por el pueblo. Amelia no quería coger un coche hasta que su padre le diera unas clases. Como además de ser novata tenía que acostumbrarse a conducir por el lado izquierdo, prefirió mantenerse un tiempo en cuarentena.

Antes de entrar en la casa observaron los alrededores de Rottingdean Hill House. Parecía un campo de batalla. Había montones de tierra y basura en lo que hacía tiempo debió ser un jardín. Decenas de máquinas y todo tipo de herramientas aparecían aquí y allá por la propiedad.

— Espero que tu padre tenga esto controlado —dijo Lilian—. Tiene pinta de que van a necesitar varios años para sacar esta porquería de aquí.

Oyeron conversaciones y risas en la parte trasera de la casa. Supusieron que habían llegado en unos de los descansos. Perfecto. Momento ideal para dar una vuelta. Con un poco de suerte nadie les molestaría y tampoco resultarían un estorbo.

— Venga, vamos —animó Amelia a su amiga—. Empezaremos por los dormitorios.

Al entrar, Amelia se quedó impresionada por cómo había cambiado todo. Parecía como si una bomba hubiera caído dentro de la casa. Varios tabiques habían sido derribados, y lo que antes era el salón de té, ahora era una habitación llena de agujeros en las paredes y cartones por el suelo. Subieron las escaleras con cuidado de no caerse. ¿De verdad era necesario tanto destrozo para arreglar algo? La planta superior era otro campo minado. Avanzaron por los pasillos sorteando todo tipo de herramientas. Había picos, palas y otros utensilios que no tenían ni idea para qué servían.

— ¿Qué te parece? —preguntó Amelia orgullosa.

— Es una pasada —contestó Lilian impresionada—. No tenía ni idea de lo grande que era esto. Viéndola desde fuera parece más pequeña.

— Sí. A saber en qué estaban pensando cuando la construyeron. Es imposible que nadie necesite tantas habitaciones.

— Enséñame el dormitorio de la señora Danvers —dijo Lilian—. Seguro que la muy bruja eligió el mejor.

— Ven, es por aquí. No es la habitación más grande, pero sí la que mejores vistas tiene. Se ve el jardín trasero, el bosque y la colina.

La luz del sol entraba por las ventanas. Un chorro de motas de polvo flotaba en el aire. Se habían llevado la cama, el tocador y la silla. Sin embargo, habían olvidado un viejo sillón orejero en uno de los rincones. Le faltaba una pata y un buen trozo del respaldo. Uno de los brazos estaba tirado por el suelo. No parecía tener arreglo, y de tenerlo seguro que costaría más que comprar uno nuevo.

Lilian bromeó imitando a las antiguas damas. De manera muy teatral, se sentó en el sillón costroso. Amelia no pudo evitar reír mientras entraba en el aseo. Estaba asqueroso. Tenía dudas de que aquella capa de porquería fuese solo culpa de las obras. Parecía llevar allí mucho tiempo. La bañera, además de sucia, presentaba desconchones y grietas. Era evidente que hacía tiempo que nadie se bañaba allí. El lavabo tenía un color repugnante entre grisáceo y marrón. Las paredes debieron ser blancas, pero desde luego no en esa década. Sin embargo, el suelo era una auténtica maravilla. Estaba decorado con pequeños baldosines de color crema y dibujos de flores en negro. Seguro que su padre quería mantenerlo.

— Lilian, ven aquí. ¿Te gustaría ver dónde se bañaba la señora Danvers?

Amelia esperó en vano su respuesta. Su amiga no contestó.

— Vamos, Lilian, déjate de bromas —insistió.

Pero ¡cómo se puede ser tan gansal, pensó. Al salir del aseo, Amelia encontró a su amiga sentada en el sillón, con los ojos muy abiertos y la mirada fija en la pared de enfrente. Rió de nuevo, pero se detuvo al ver la extrema palidez de Lilian.

— Oh, vamos, deja de hacer el tonto, Lilian. Esto no tiene gracia. Me estás asustando. Venga, levántate.

La muchacha seguía inmóvil. Amelia se acercó hasta tocar su brazo. Estaba helada.

— ¡Lilian! —gritó—. ¿Qué te pasa?

En ese momento Lilian pareció salir de una especie de trance. No entendía qué había pasado, pero supo de inmediato que algo raro le sucedía. En realidad era solo una sensación, una especie de presión en el pecho. Era como si...

— Vámonos de aquí Amelia —exclamó levantándose del sillón de un salto.

— Pero... ¿me vas a decir qué te ha pasado?

— No sé, no sabría explicarte. Es como si... Déjalo, vámonos ya.

Lilian salió a trompicones de la habitación. Respiraba con dificultad. Le faltara el aire.

— No me encuentro bien —dijo—. Necesito salir de aquí. No puedo respirar bien.

Se disponían a bajar las escaleras cuando oyeron un fuerte golpe en el piso inferior seguido del ruido de pisadas. Por suerte no estaban solas. Los operarios habían vuelto de su descanso.

— Vamos, Lilian, con cuidado —dijo—. Apóyate en mí. Estás tan pálida que

parece que fueras a desmayarte.

Bajaron las escaleras. Lilian temblaba. Apenas si podía respirar.

— Espera aquí —dijo Amelia cuando alcanzaron el hall—. Voy a buscar a mi padre. Él nos ayudará.

— No! Necesito salir ya. Tenemos que irnos ahora mismo —respondió Lilian mientras se abalanzaba sobre la puerta.

Amelia corrió hacia la cocina. Después miró en el salón de té y el resto de habitaciones tratando de encontrar ayuda. Hacía un segundo que había escuchado los pasos de alguien. En algún sitio debía estar.

— Amelia —dijo Marco a sus espaldas—. Lilian me ha dicho que estabas aquí. ¿Qué ha pasado?

— ¡Papá! —respondió ella dando un respingo—. Me has asustado. Te estaba buscando. He oído ruidos y pensé que eras tú.

— Aquí no hay nadie, Amelia. Estamos trabajando fuera, en la fachada.

— Pero yo he oído... —contestó extrañada—. Déjalo, da igual. Lilian no se encuentra bien. Necesitamos que nos llesves a casa.

— Sí, he estado con ella. Tenía mala cara. Está sentada en escalones de la entrada. ¿Sabes si tiene asma?

— ¿Asma?

— Sí, en cuanto ha salido de la casa y ha respirado un poco de aire limpio ha mejorado. Aquí dentro hay mucho polvo. Si Lilian es asmática debería ponerse una mascarilla cuando vengáis. Al menos mientras duren las obras.

Marco las llevó a casa en la furgoneta de la empresa. Amelia y Lilian se sentaron en la parte de atrás. Aunque había recuperado el color de sus mejillas y normalizado la respiración, Lilian iba muy callada. Raro en ella.

— No te preocupes, Lilian. Solo es un ataque de asma —dijo Amelia.

— No, no ha sido eso. Yo nunca he tenido asma —contestó Lilian preocupada.

CAPÍTULO 6

Lilian no volvió a hablar del incidente con Amelia hasta días más tarde. No por falta de ganas, sino por temor a la reacción de su amiga. Consciente de su excentricidad, procuraba dosificar sus extravagancias a fin de no ahuyentar a la gente que le importaba. Fue una mañana en la playa cuando por fin se decidió a hacerlo.

- Creo que ya sé lo que ocurre en tu casa —dijo.
- ¿A qué te refieres, Lilian? ¿En mi casa?
- Sí, ya sabes. Lo que me pasó el otro día.
- No entiendo. Querrás decir que sabes lo que te ocurre a ti, no lo que ocurre en mi casa.
- Allí hay algo. Estoy segura.

Amelia no se sorprendió. La verdad es que esperaba que diría algo así, que le saliera con alguna historia disparatada.

- ¿Fantasmas? ¿Espíritus? ¿Apariciones? ¿O algún espectro juguetón? — respondió irónica.
- En serio, Amelia. Fue algo muy extraño. Algo que no me había sucedido nunca.
- ¿Y no pudo ser una bajada de glucosa? Quizás tienes alergia al polvo o a cualquier producto que hubieran utilizado. Todo estaba muy sucio. Claro, que también puede ser sugestión. Sinceramente, creo deseabas que ocurriera algo paranormal.
- Pero qué dices. Te digo que allí hay algo. Tenemos que ir otra vez.

Amelia sabía que Lilian era rara. Le entusiasmaban las películas de terror y todo lo que tuviera que ver con sucesos paranormales. Conocía infinidad de historias misteriosas de algunos de sus vecinos y familiares. Aseguraba haber sido testigo de la aparición en el cielo, frente a la costa de Rottingdean, de luces extrañas en mitad de la noche. Pero montar una escenita así para convencerla de que en su casa había fantasmas, espíritus, o vete tú a saber qué, era demasiado.

- Espero que no le hayas dicho a nadie lo que me estás contando —dijo Amelia molesta.
- No, claro que no. De todas formas nadie me creería. Además, ni siquiera sabía si debía decírtelo a ti. Al fin y al cabo vas a vivir allí.
- Ah, gracias, eres muy considerada.
- En serio. Te digo que noté algo, una presencia.
- Muy bien —contestó Amelia tratando de seguirle el juego y comprobar hasta dónde era capaz de llegar—. Supongamos que hay algo. ¿Qué hacemos? ¿Espiritismo para averiguar quién es o llamamos a una médium?
- Decírselo a tus padres, para empezar. Sería lo más sensato.
- ¡Ni pensarlo! Rottingdean Hill House es lo único que ha conseguido que mi madre saliese de su depresión. No quiero que se preocupe lo más mínimo.
- Bueno, vale. ¿Y tu padre?
- ¡Tampoco! Nos tomaría por un par de descerebradas. Él pasa allí la mayor parte del día, ¿no crees que si hubiera algo ya lo habría notado?
- ¿Y Pottie?

Amelia sopesó la propuesta. *Pottie* era discreta. Si le hacían un par de preguntas seguro que no comentaría nada. Además, era la persona perfecta para alejar de la cabeza de Lilian toda esa sarta de tonterías.

— Está bien —dijo—. Hablaremos con *Pottie*. Pero tienes que prometerme que nadie más sabrá nada de esto. Ah, y si no sabe nada de presencias extrañas, dejarás el tema, ¿de acuerdo?

— Prometido —contestó Lilian levantando una mano y posando la otra sobre su pecho.

Al llegar a casa buscaron a *Pottie*. Al parecer estaba con Celia viendo cómo avanzaban las obras. Cogieron las bicicletas y se encaminaron a la mansión. Amelia rezaba para que Lilian no montase otra escena delante de su madre.

Los montones de escombros no sólo no habían desaparecido, sino que duplicaban el tamaño de los de días atrás.

— Yo de vosotras tendría cuidado —dijo una voz a sus espaldas—. Deberíais traer calzado adecuado si no queréis clavaros algo en los pies.

Quien hablaba era uno de los albañiles. Su aspecto era muy diferente al del resto de la cuadrilla contratada por Marco. Tendría más o menos la misma edad que ellas. Era alto, de pelo y ojos castaños y con la piel bronceada por el trabajo al aire libre. En la carretilla llevaba un montón de cascotes y maderas viejas para tirarlas en la escombrera en que se había convertido el jardín.

— Sí, tienes razón, gracias —contestó Lilian con la mejor de sus sonrisas—. No imaginábamos que el jardín tendría el aspecto de un campo de batalla.

El muchacho inclinó la cabeza a modo de despedida y se dispuso a continuar su tarea cuando Lilian decidió averiguar algo más de él.

— Oye, ¿cómo te llamas?

— Ethan —contestó mientras descargaba la carretilla.

— Yo soy Lilia y ella es Amelia.

— Encantado. Tú debes ser la hija de Marco —dijo refiriéndose a esta última—. Tu padre habla mucho de ti. Me parece que ha sido tuya la idea de mantener intacto el suelo de los baños.

Amelia asintió.

— Un acierto —continuó—. Habría sido una pena cambiarlos. Son una auténtica obra de arte.

— Nunca te había visto por aquí —contraatacó Lilian.

— Soy de Brighton. Vengo a trabajar todos los días pero no suelo parar mucho por el pueblo.

Estaba claro que Lilian podría pasarse la tarde haciéndole preguntas. Anticipándose al interrogatorio Ethan les comentó:

— Me vais a perdonar, pero tengo que trabajar. Encantado de conoceros.

El chico cogió la carretilla y volvió al interior de la casa.

— ¡Pero tú lo has visto?! ¡Eso sí que es un ser sobrenatural! —exclamó Lilian cuando se aseguró de que no podía oírla—. ¡Está como un queso!

— ¡Lilian! —contestó riendo Amelia—. Hemos venido a hablar con *Pottie*, ¿recuerdas?

—Sí, sí, es cierto. Pero algo así te hace olvidar lo que estabas haciendo.

— ¡Mira! Están allí, junto al invernadero.

Cuando la anciana las vio llegar levantó la mano para saludarles. Alguien le había sacado un viejo sillón para que pudiera sentarse. Amelia imaginó que su madre y su padre la habrían dejado descansar mientras revisaban los progresos de la obra.

— Hola muchachas. ¿Qué hacéis por aquí? Todavía no hay nada interesante que ver, solo una vieja casa destrozada.

— Hola *Pottie*, —contestó Amelia—, ¿qué haces aquí sola?

— No he querido entrar. Me da mucha pena ver la casa en este estado. Ya le he dicho a tu madre que hasta que no esté arreglada no vuelvo. ¿Habéis visto cómo está todo?

— Queríamos hablar contigo —dijo Amelia ignorando el arrebató melancólico de la mujer—. Bueno, en realidad es Lilian la que quería hacerte un par de preguntas.

— Vaya, ¡cuánto misterio! Pregunta muchacha, que no tengo todo el día. ¿Qué quieres saber? —dijo acomodándose en el sillón—. Por fin algo interesante en una tarde tan aburrida.

— Esto... quizá le parezca un poco raro lo que voy a preguntarle, pero...

— ¿Pero...? —dijo *Pottie* al ver que Lilian no conseguía formular la pregunta.

— ¿Ha notado alguna vez algo raro en la casa?

— ¿Algo raro? ¿Como qué?

— Ya sabe, algo como una presencia, la sensación de que hay alguien más. Alguien a quien no puedes ver.

La mujer miró durante muchos segundos a las dos amigas. Permanecía muy seria y callada. Hasta que, finalmente, soltó una sonora carcajada.

— ¿Quieres decir espíritus? —preguntó riendo.

— Bueno, no sé si es esa la palabra —contestó Lilian molesta—. Solo quería saber si ha tenido algún tipo de sensación rara, como si hubiera algo extraño en la casa.

— Ay, mi niña. ¿Tú crees que estaría tan tranquila si hubiese algo así? Pero, tranquila, no es la primera vez que me lo preguntan. Una mansión de este tipo es ideal para ese tipo de historias. Si te soy sincera, la única presencia que sentí durante años fueron las ratas. Correteaban por el desván y se comían la ropa y los libros que teníamos guardados. Aparte de eso, hija mía, nada más.

— Muchas gracias *Pottie* —dijo Amelia deseando terminar con aquella estupidez lo antes posible—. Confío en que no le dirás nada a mi madre, ¿verdad?

— Descuida chiquilla, ¿acaso crees que soy una chismosa? Podéis iros tranquilas. Ahora, si no os importa, os agradecería que me dejarais un ratito sola. Hace una temperatura ideal para echar una cabezada antes de irnos. Tus padres están en la casa. Anda, id a saludarles.

Lilian no se sintió aliviada al marcharse. *Pottie* no había notado nada, o eso decía, pero sabía lo que ella había percibido y estaba segura de que no era sugestión. Siempre había sido obstinada. Encontraría la manera de demostrar que no era una loca fantasiosa.

CAPÍTULO 7

El verano pasó a toda velocidad. Las obras del Rottingdean Hill House Hotel terminaron el último día de agosto y la inauguración estaba prevista para finales de septiembre. Amelia, *Pottie* y sus padres se mudaron la primera semana de ese mes, justo antes del comienzo de las clases.

Una parte del hotel permanecía cerrada a los huéspedes a fin de asegurar la privacidad de la familia Frattini. Por supuesto se habían reservado la mejor zona de la casa: un salón y tres habitaciones con sus respectivos baños en el tercer piso. Desde allí podía verse el bosque, la colina, parte del pueblo y el mar. Amelia estaba encantada con su dormitorio. Era casi tan grande como el salón de su antigua casa de Madrid. El tamaño le permitía tener una cama de matrimonio, un escritorio gigantesco y tres librerías. Además, con un viejo biombo que encontró en el desván, creó un segundo ambiente donde colocó un sofá-cama para visitas, un par de pufs, una televisión panorámica y hasta una mini-nevera. Era como tener su propio apartamento.

El resto del hotel también estaba listo para ser estrenado. Tenía una decoración ecléctica. Celia, con la limitación de presupuesto y un gusto exquisito, se lanzó a comprar todo lo que necesitaba en diferentes lugares. Desde mercadillos, a las ofertas de las tiendas más modernas de Londres. Buscó en anticuarios y hasta en centros comerciales. También se quedó con lo que más le gustaba de la mansión. Fusionó estilos de diferentes épocas; mezcló muebles y ornamentos *vintage* con otros de vanguardia. Consiguió crear un ambiente moderno y muy atractivo. Un hotel algo excéntrico pero muy acogedor. Cuando *Pottie* vio el resultado no salía de su asombro. Era incapaz de reconocer el lugar donde había vivido casi toda su vida. Se sintió feliz. Acabaría sus días en un lugar realmente bonito.

El exterior de la mansión apenas había sufrido cambio alguno. Solo habían destinado parte del terreno a construir un parking para los huéspedes. El resto estaba igual. El césped había sido replantado, los rosales arreglados y decenas de nuevas plantas y flores decoraban la entrada.

— ¡Pedazo de habitación te has montado! —dijo Lilian al entrar en el cuarto de Amelia.

— ¿Verdad? Como no me queda más remedio que vivir con un montón de extraños, pensé que lo mejor es tener un lugar cómodo del que no necesite salir más que lo necesario.

— Te recuerdo que yo también convivo con extraños. Si te parece voy a utilizar esa excusa a ver si mi madre me deja meter una tele y una nevera en mi cuarto.

— Y si no, ya sabes que puedes pasar aquí el tiempo que quieras. Mi habitación también es tuya —dijo Amelia con sinceridad.

— Muchas gracias. Además, poner un sofá-cama ha sido un detallazo. Creo que podré acostumbrarme a esto.

— Soy yo la que está agradecida. Hoy es mi primera noche aquí y no la quería pasar sola.

— ¿Y eso?

— No sabría decirte... Pero antes de que empieces con la monserga de siempre, no es porque crea que en mi casa hay fantasmas, ¿entendido?

— Vale, vale, lo capto. No sacaré la ouija —bromeó Lilian.

— ¡Idiota! —contestó Amelia riendo.

Lilian inspeccionó la habitación sin pudor. Abrió todas las cajas, los cajones, el armario...

— ¿Cómo eres tan cotilla? ¿No te da vergüenza? —dijo Amelia divertida al ver fisgonear a su amiga.

— Pues no, ¿acaso preferirías que lo hiciera a tus espaldas? Reconoce que es excitante husmear en la vida de los demás. Seguro que tú también lo harías, pero sin que te vieran.

Lilian abrió uno a uno los cajones del escritorio.

— Vaya, ¿qué es esto? —preguntó sacando el paquete de cuadernos de Karen.

— Son unos cuadernos que mi tía encargaba en Londres. Preciosos, ¿verdad?

— Un poco de abuelos, pero tienen su encanto. ¿Los vas a utilizar?

— Sí, para tomar apuntes en la facultad. Por ahora tengo de sobra pero voy a averiguar si me pueden fabricar más.

— Vale —dijo Lilian sin prestar más atención al tema— ¿Vamos a cenar? Me muero de hambre.

— Sí, yo también. Además, mi madre está preparando la especialidad de la casa: tortilla con filetes. Por ser la primera noche.

— Genial. Devoremos esos filetes.

Después de la cena Amelia y Lilian subieron a la habitación. Comieron helado de menta y chocolate que habían comprado en el pueblo y vieron una película en la televisión. Después charlaron largo rato hasta que se quedaron dormidas.

Fue una noche corta. Se habían dormido demasiado tarde sin tener en cuenta que al día siguiente debían madrugar para ir a Brighton a completar la matrícula. Amelia entró en la ducha dejando a Lilian desperezándose en la cama y soltando mil improperios por el madrugón. Estaba contenta. Era el primer día de su nueva vida y le apetecía empezar con buen pie a pesar del sueño.

La ducha le sentó de maravilla. No había nada como estrenar ducha y toallas nuevas. Se había sentado en un taburete para terminar de secarse cuando la puerta del baño se abrió lentamente. Lilian estaba en la puerta. Miraba fijamente a Amelia. Le temblaban las manos.

— ¿Se puede saber qué haces? —preguntó Amelia—. Dame un segundo. Salgo enseguida.

Lilian no contestó. Amelia supuso que estaba tonteando otra vez y le siguió el juego manteniéndole la mirada y haciéndole muecas

— Vamos, cierra la puerta. Me voy a helar.

El temblor de manos de Lilian se transformó en pequeños espasmos. En ese momento levantó con violencia la cabeza y los ojos se le quedaron en blanco.

— ¡Ya está bien, Lilian! Esto no tiene ninguna gracia.

Lilian volvió a fijar la mirada en su amiga.

— Ve al invernadero, ¡búscalos! Lo vas a necesitar —dijo con una voz que no parecía la suya.

— De verdad Lilian, me estás asustando. Para ya, por favor.

— ¡Busca en el invernadero! —repitió.

Y tras decir eso cayó al suelo desmayada. Por suerte uno de los pufs amortiguó el golpe. Amelia logró a duras penas llevarla hasta la cama. En unos segundos recuperó el sentido.

— ¡Eh! ¿Qué hora es? —dijo como si tal cosa— Me he vuelto a quedar dormida, ¡mierda! Vamos a llegar tarde.

— Lilian —contestó Amelia enfadada— si crees que tiene gracia...

— ¿Qué?

Amelia le detalló lo ocurrido. Quería creer que todo había sido una broma.

— Anoche noté otra vez algo —explicó Lilian—. No te dije nada porque pensé que te molestarías y porque, bueno, creí que eran imaginaciones mías. Ya sabes lo que me gustan estos temas.

— ¿Qué notaste?

— No sabría explicarlo. No fue tan fuerte como el primer día, ni como...

— ¿Ni cómo?

— Ni como esta mañana. Cuando me he despertado sentía otra vez esa presión en el pecho.

— Y tampoco me has dicho nada para no preocuparme, ¿no es eso?

— Así es.

— ¿Y no te asusta?

— No, la verdad. Llámame loca si quieres, pero me parece excitante. Siempre había querido tener una experiencia de este tipo. Y mira tú... Además, por alguna razón me siento segura, no me da miedo. Es como si fuese algo natural.

— Maldita sea, Lilian. Yo sí estoy asustada y no sé qué hacer.

— Pues ir al invernadero y buscar lo que sea que vas a necesitar. Y no decir nada a nadie hasta que no sepamos lo que ocurre.

— Sería terrible que mi madre se enterase. No sé si podría con esto.

— Por eso no le diremos nada. Pero si lo miras de otro modo, no veas el morbo que daría que el hotel estuviese encantado. Vendría un montón de gente.

— Lilian, por favor.

— Está bien, no diremos nada.

CAPÍTULO 8

La falta de liquidez era la causa de que el invernadero continuara sin arreglar. Marco sabía que era uno de los lugares más bellos de la finca. Por eso había planeado retrasar su restauración solo unos pocos meses, hasta primavera. Para entonces, el hotel debería haber proporcionado los ingresos suficientes que permitieran ultimar las obras.

Una gruesa capa de musgo y mantillo impedía abrir la puerta. Si querían entrar iban a necesitar una pala, una piqueta y bastantes empujones. Lilian embestía con fuerza mientras Amelia apartaba algunas ramas caídas que imposibilitaban el paso. Tras varios minutos de empujones y golpes, la puerta se abrió lo suficiente para cederles el paso. Hacía calor. Era un calor pegajoso, pastoso, de esos que se pegan a la ropa y al pelo en pocos segundos. Una bocanada de calor húmedo y nauseabundo les inundó los pulmones. Lilian no pudo reprimir una arcada. Decidió respirar por la boca y avanzó junto a Amelia.

La estancia era un enorme rectángulo de hierro y vidrio. El olor provenía de dos enormes cubos de zinc situados junto a la entrada que estaban prácticamente llenos de agua negra y podrida. Como las paredes y el techo eran de cristal el lugar se habían convertido en un microclima de lo más desagradable. El suelo, fabricado de baldosas de barro rojo, era una superficie resbaladiza y verdosa. Las plantas habían conseguido abrirse camino entre ellas rompiéndolas y levantándolas de su sitio original. Seis gigantescas mesas de hierro forjado se repartían de forma ordenada por la estancia. Sobre ellas había macetas, cubos, montones de tierra y herramientas de jardinería. Pero las plantas no se habían limitado a permanecer en sus macetas. Habían crecido por todos sitios. Entre las baldosas, sobre las mesas, bajo la puerta y en todas y cada una de las grietas que habían ido encontrado.

— Esto es una selva — dijo Lilian —. Cualquiera encuentra aquí nada. Solo espero que lo que sea que estemos buscando no esté en ninguno de esos cubos.

Buscaron durante horas. Antes del anochecer ya habían llenado ocho bolsas grandes de basura. Miraron en todos los posibles lugares donde se podía guardar algo. Arrancaron las plantas de las grietas despejando paredes y suelo. Vaciaron las macetas inspeccionando el contenido. E incluso desaguaron los cubos de zinc. El invernadero estaba vacío. Solo quedaban las mesas y ellas. Agotadas y exhaustas decidieron dar por terminada la jornada.

— Aquí no hay nada — comentó Amelia —. Hemos retirado toda la porquería de este sitio para nada.

— Seguro que hemos pasado por alto algo. Mañana volveremos de nuevo.

— ¡Ni hablar! No pienso vaciar las bolsas de basura y comenzar de nuevo. No hay nada. Ya lo has visto. ¿Por qué no lo olvidas?

Amelia se sentía frustrada y enfadada. No quería problemas, no quería ocultar algo así a sus padres, no quería preocupaciones. Necesitaba una vida normal. Ir a clase, salir con amigos, ir al cine... Lo normal. ¿Era tanto pedir? ¿No había tenido ya bastante caos en su vida?

- Mañana es nuestro último día de vacaciones – dijo –, y no lo vamos a pasar buscando tonterías.
- Pero...
- ¡¡No!!

En ese instante uno de los cristales del techo cayó junto a ellas. Por suerte pasó a no menos de un metro de sus cabezas. La primera en reaccionar fue Amelia. Cogió a su amiga de la mano y trató de arrastrarla fuera de allí.

- Vamos – dijo sin aliento –. Esto no me gusta. Salgamos.
- Espera un segundo – contestó Lilian sin moverse.
- ¿No te das cuenta? Casi nos mata. Y no creo que haya sido casualidad que cayese tan cerca de nosotras.
- No, yo tampoco lo creo. Mira.

Lilian señaló el lugar exacto donde se había desplomado. Cientos de pequeñísimos cristales se habían esparcido de manera uniforme sobre el suelo transformándose en una tupida alfombra. Justo en el centro del estropicio, una de las baldosas aparecía limpia.

Sin mediar palabra, Lilian cogió un cepillo y despejó con cuidado los restos del cristal. Después, se agachó para inspeccionar las juntas de la baldosa. Amelia seguía sin moverse. Quieta. Mirando la escena como si no fuera con ella.

- ¡Amelia, por favor! – la instó su amiga –, ¿no me vas a ayudar?
- Supongo que sí – respondió con un suspiro –. Supongo que sí.

Tras intentar sin éxito despegar la baldosa, optaron por romperla golpeándola con una piqueta. De debajo surgieron gran cantidad de bichos, lombrices que se retorcían buscando un nuevo refugio y otros insectos, más pequeños pero igual de desagradables, que se enroscaban formando bolas pequeñas y brillantes. El resto de criaturas corrían huyendo de la luz. Amelia utilizó un palo para apartarlos y volvió a ponerse los guantes. Utilizando la herramienta como si fuera una pala fue retirando cuidadosamente la tierra. Las lombrices seguían emergiendo, bailando, retorciéndose y volviendo a ocultarse.

Había oscurecido fuera. Trataron de encender las luces pero solo funcionaba una de las bombillas. Tenía que ser la más alejada, la última, la que emitía una luz amarilla y tenue. Así era imposible ver nada. Lilian encendió la lámpara de camping que habían llevado. Se sentía intranquila, observada. Miraba a su alrededor, pero solo veía el baile de sombras que la lámpara producía. Se le antojaban siniestras y amenazadoras. Agitaba su cabeza tratando de alejar sus temores cuando un chasquido metálico resonó en el invernadero. Las dos se miraron y, sin decir nada, Amelia volvió a golpear en el agujero. Un nuevo chasquido confirmó el hallazgo. Dejando la herramienta a un lado, utilizó sus manos para retirar la tierra. Temía romper lo que hubiese allí escondido. El agujero era tan profundo que necesitó meter el brazo hasta el codo. Trabajaba rápido, pero le costaba sacar puñados grandes de tierra. Estaba demasiado dura. Al fin tocó una superficie lisa.

- Ya casi está – dijo con un jadeo –. Creo que estoy tocando el borde de algo
- Ten cuidado. Hazlo despacio.

No resultaba fácil trabajar con guantes. Con el dedo índice fue arrancando las raíces, apartando tierra. Después despejó los bordes. Tardó un rato en coger el objeto y tirar de él. Cuando lo sacó a la luz era imposible saber de qué se trataba. Se encontraba cubierto por una capa de barro negro y maloliente. Era cuadrado y tan grande como la palma de la mano de Amelia.

- Parece una caja – comentó Amelia mientras retiraba el fango –. Y pesa mucho.
- Toma – Lilian sacó de su bolsillo un pequeño paquete de toallitas húmedas –. Siempre llevo uno.

Al limpiarlo vieron que se trataba de una caja metálica y de color bronce. La parte central estaba tallada con flores diminutas. Parecían campanillas. El borde quedaba enmarcado con una trenza de color dorado. Cuatro bolitas en la parte inferior hacían de patas.

- ¿Crees que es de oro? – preguntó Lilian acariciándola.
- Puede que el trenzado. El resto parece bronce.
- Mira los cierres. Es preciosa.

Tenía cuatro cierres. Uno en cada lateral. Eran pequeños garfios que giraban hasta rodear una bolita dorada.

- ¿La abrimos? – preguntó Lilian.
- No, es muy tarde y apenas vemos nada. Vámonos a casa. Estaremos mejor allí.

Una vez en la habitación se sentaron sobre la alfombra dejando la caja en el centro. Estaban sucias, con la ropa cubierta de barro y las manos y uñas negras.

- ¿Y bien? – dijo Lilian impaciente –. ¿La vas a abrir o qué?

Amelia giró el primero de los garfios de bronce y esperó. Mantuvo las manos abiertas, inmóviles, como temiendo que algo sucediese. Después, viendo que nada ocurría, desenganchó el resto de los cierres.

- Allá vamos – dijo mirando a su amiga.

La humedad y el tiempo pasado bajo tierra obligaron a Amelia a forcejear con la tapa. Tras varios intentos inútiles, cogió una horquilla que había sobre su escritorio e hizo palanca. Lilian ayudaba sujetando la caja y metiendo sus uñas en la ranura. Poco a poco a tapa fue cediendo. Hasta que se abrió.

La emoción dio paso a la decepción. Allí solo había trozos de tela amarillenta.

- Pero... ¿es una broma? – protestó Lilian.

Amelia miraba pensativa. Alargó la mano y sacó los jirones dejándolos sobre la alfombra. Había un trozo de seda grande y otros siete u ocho más pequeños. Tenían un color amarillento aunque podrían haber sido blancos. Parecía como si los hubiesen cortado con un objeto afilado, no unas tijeras. Al coger el más grande, algo rodó por la alfombra.

- ¡Un anillo! – dijo Lilian –.

Era un anillo de plata muy sencillo. Ancho y sin ningún adorno ni grabado. El tiempo lo había ennegrecido hasta darle un aspecto sucio y desagradable.

- Volvamos a meter todo esto en la caja. Es siniestro – dijo Amelia.
- Tienes razón. A mi tampoco me gusta. Ya no resulta divertido.
- Deberías volver a casa. Mañana será un día largo.

– Sí. Será lo mejor. Nos vemos mañana.

Cuando Amelia se quedó a solas volvió a abrir la caja. ¿Qué significaba todo eso? Porque se suponía que esos trozos de tela y el anillo viejo le servirían de algo. Los observó durante largo rato pero no llegó a conclusión alguna. El anillo le intrigaba sobremanera. ¿A quién pertenecería? Lo cogió y se dio cuenta de que era pequeño. Quizá de una niña o de alguien con los dedos muy finos. Dudó un segundo. ¿Y si se lo ponía? Temerosa pero decidida lo introdujo en su dedo anular. Cerró con fuerza los ojos y aguantó la respiración. Pasaron cinco segundos. Diez. Quince. Nada. No sucedió nada. Observó que era justo de su talla. Ella siempre había tenido los dedos demasiado finos. Tanto que nunca pudo comprarse los anillos de bisutería que tanto le gustaban. Sin embargo ese era perfecto. No le bailaba en el dedo.

Lo observó durante un rato. Después se lo quitó y lo metió en la caja junto a los trozos de tela. La cerró despacio y la guardó en uno de los cajones de su escritorio. Decidió que por ahora dejaría de pensar en ella y en todo lo que había ocurrido. Debía centrarse en otras cosas. En unas horas comenzarían las clases. Eso sí era importante.